

Tres poetas murcianas



*Eladía Bautista Patier
Purificación Pérez Gayá
Amalia Villalta*

*Introducción:
Ana Cárceles Alemán*



Día de las Escritoras-2021

Biblioteca Regional de Murcia
Colección Librería

*Tres poetas
murcianas*

*Tres poetas
murcianas*



Eladia Bautista Patier

Purificación Pérez Gayá

Amalia Villalta

Introducción:

Ana Cárceles Alemán

Biblioteca Regional de Murcia

Colección Libroteca

2021

Edita:

Biblioteca Regional de Murcia.
Dirección General de Patrimonio Cultural.
Consejería de Educación y Cultura.

Edición para la celebración del Día de las Escritoras 2021
de la Biblioteca Nacional de España.

Textos:

de la introducción, Ana Cárceles Alemán.
de los poemas, sus autoras (obras en dominio público)

Idea, diseño y maquetación:
Pedro Quílez Simón.

Maquetado con Scribus.

Licencia:
Creative Commons - Reconocimiento.

D.L.: MU-1011-2021

Imprime: Tipografía San Francisco, Murcia.

ÍNDICE

- 7 Introducción, por Ana Cárceles
- 23 Amalia Villalta Hernández
- 47 Eladia Bautista Patier
- 71 Purificación Pérez Gayá

TRES AUTORAS NUESTRAS EN EL SIGLO XIX

La poesía lírica ha dado a la literatura de la Región de Murcia nombres significativos y momentos de esplendor en total consonancia con las corrientes poéticas de cada época. Parte importante de nuestro patrimonio cultural se sostiene en esta riqueza literaria transversal en el tiempo que se confirma al acercarnos con interés a los escritores nacidos o arraigados en Murcia. Francisco J. Díez de Revenga señala que «la literatura fue desarrollándose entre nosotros al mismo tiempo que otros aspectos de la cultura, y llegó a alcanzar, en algunas épocas, un considerable esplendor; como ocurrió en el siglo XVII. Pero es sobre todo en el siglo XX [...] cuando la literatura ha alcanzado logros que son de consideración sobresaliente y de referencia obligada. Pero el actual esplendor se fundamenta en una cultura consolidada a lo largo de los siglos».

La literatura como expresión más fidedigna y sensible de la persona ante la experiencia desafiante de la vida es única y multiforme a la vez. Esta expresión alcanza por igual a autores y autoras al poner en práctica un arte uni-

versal, aglutinador de artistas diversos y hasta opuestos, siempre en panoramas complejos. Murcia, reconocida tierra de escritores, ha dejado en el olvido con demasiada frecuencia a las autoras que hubieran merecido gozar de reconocimiento entre los propios murcianos y por ello también en el panorama de la literatura española.

¿Podríamos negar que los nombres recordados de las autoras que han desarrollado su obra y publicado en nuestra región son escasos? Desde el punto de vista de los estudios literarios, hay que esperar a la segunda mitad del siglo XX para que los autores murcianos —escritores y escritoras— sean estudiados sistemáticamente, con referencias rigurosas a su generación, tendencia y estilo. No obstante, el estudio de la obra de las escritoras ha gozado de escasa atención; salvo notables excepciones, sus obras han quedado relegadas al nivel menor de la mera cita o, simplemente, han sido soslayadas.

La Biblioteca Regional de Murcia nos acerca en este volumen las figuras de Amalia Villalta Hernández, Eladia Bautista Patier y Purificación Pérez Gayá, poetas del siglo XIX que, salvando muchos obstáculos, han dejado un poso de esfuerzo, valentía y genio necesario y fundamental para la actual consideración crítica de las escritoras aquí arraigadas.

El siglo XIX es una época de gran actividad cultural en España y Murcia se incorpora a ello con tal entusiasmo que a partir de 1830 los periódicos, álbumes, revistas ilustradas y literarias abundan y sus páginas culturales sirven de plata-

forma a poetas y narradores que publican asiduamente siguiendo la línea de las revistas de tirada nacional. Así *La Paz de Murcia*, *El Noticiero de Murcia*, *Heraldo de Murcia*, *El Eco de Cartagena*, *El Diario de Murcia*, *El Mediterráneo*, *Cartagena Artística*, *El Porvenir*.. En este contexto favorable a la publicación y lectura se inscriben las obras de Amalia Villalta, Purificación Pérez Gayá y Eladia Bautista Patier. Su coincidencia cronológica nos permite observar semejanzas en la elección de temas, en el estilo y en las circunstancias personales y sociales que, como mujeres escritoras, tuvieron que superar.

Es necesario situar sus obras en el contexto de finales del siglo XIX, cuando aún se dejan sentir los fructíferos coletazos del Romanticismo tardío en España muy vivo, y las influencia del Realismo —poco favorecedor del apasionado intimismo lírico— no hace más que aumentar los tópicos y cierto aire pragmático de la poesía de la segunda mitad del XIX. Por ello, junto a Rosalía, Carolina Coronado, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Josefa Massanés, Rosario Acuña, Alberto Lista o Bécquer, escriben también Campoamor, Núñez de Arce, Clarín, Pardo Bazán, Galdós, Alarcón, Antonio Arnao...

Conviene tener en cuenta la actitud social y crítica generalizada en el siglo XIX que exige a la mujer escritora una posición de modestia, docilidad y resignación junto a la conveniencia de guardar para la intimidad las dotes artísticas y el talento. Todo ello, y la imposibilidad de emancipación femenina, lastra la creación literaria de las autoras, que adoptan posturas de rebeldía o sumisión ante este ambiente adverso.

AMALIA VILLALTA HERNÁNDEZ nace en Cartagena (1840-1916). En sus poemas, especialmente en las elegías dedicadas a sus padres, hermanas y esposo nos da detalles de su vida e inquietudes. Amalia Villalta fue poeta precoz y publicó pronto en las revistas murcianas aunque es en 1903 cuando publica en Murcia su *Ramillote de mis mal trazados versos*, conjunto lírico en el que figuran sus poemas juveniles (alguno fechado en 1851) junto a los de madurez, con temática religiosa predominante. Resulta significativa la dedicatoria a don Luis Peñafiel Martínez, autor del prólogo. La autora —consciente de las cortapisas de su condición femenina— se justifica desde el título: *Ramillote de «mis mal trazados versos»*, en esa expresión de disculpa y en el breve poema «Al lector» a quien solicita, entre irónica y modesta, indulgencia por su falta de talento: «Dirás, y con razón, ¡qué atrevimiento / la autora, en publicarlos ha tenido!».

También el prologuista —que exalta los valores tradicionales de su poesía— se hace eco de la rareza de la mujer escritora al citar los extraordinarios casos de Santa Teresa de Jesús, Concepción Arenal, Carolina Coronado y Gertrudis Gómez de Avellaneda como predecesoras.

Los poemas de Amalia Villalta se ciñen a la tendencia convencional de la época tanto por los temas —religiosos, patrióticos, amorosos y familiares— como por el estilo, que no logra la deseable originalidad. No obstante, señalemos su ágil dominio de la versificación; compone con facilidad en octavas, cuartetos o serventesios, silvas y estancias o quintillas. También acierta Amalia con su estilo sencillo que se ajusta a los temas elegidos y a sus propósitos. Su conciencia

de autora-obra-lector (lectora en muchos casos) es moderna: quiere ser clara y que su mensaje cale, tanto cuando compone una elegía de sincera emoción como cuando compone poemas religiosos, patrióticos y de exaltación de Murcia y Cartagena o se adentra en reflexiones sobre la vida, el amor o la infelicidad, donde resulta más intimista. Villalta utiliza una perspectiva personal y apasionada que aureola sus textos de calidez y cierta espontaneidad. En el conjunto poético es significativa la elegía «A la muerte del poeta y amigo José Antonio Martínez Monroy» (fechado el 23 de octubre de 1861), y los poemas «Reflexión», «Un sueño», «El pensamiento», «Instantes incomparables», «Alabanzas» o «Las penas del corazón», un sincero y emotivo poemita en octosílabos —que desde una lectura actual refleja ciertas inquietudes feministas— en el que repasa las etapas vitales con severo pesimismo, enlazando los asuntos de la brevedad de la vida con el tópico romántico de la vida como dolor y lucha. Veamos unas estrofas finales:

*Como en el pensil la rosa
pierde toda la hermosura
de su corola pomposa,
huye también presurosa
de mi pecho la ventura. [...]
Un terrible sufrimiento
hace profunda impresión
y llena de desaliento,
pero causan más tormento
las penas del corazón.*

(De «Las penas del corazón»)

Su visión dolidada, incluso atormentada, le inspira un deseo de trascendencia o huída de la existencia infeliz, pero parece solo expresión formal romántica, de manera que su poesía está en línea con la de los autores más reconocidos de la época —que junto a los clásicos debió admirar y leer con entusiasmo— Núñez de Arce, Campoamor y también Bécquer y Zorrilla. En esta estética encaja la imagen de la condición humana que ofrece en los poemas fúnebres donde el enaltecimiento de la fe se contrapone a la descripción casi naturalista de la ostentación vanidosa.

*¿Qué de la existencia humana
son los días de contento?
-Un sueño, una dicha vana,
un intervalo, un momento:
Un relámpago fugaz
que en pos se lleva el placer,
la satisfacción, la paz,
y nos deja el padecer.*

(De «Los días de la existencia»)

*¿Qué en torno nuestro miramos
en tan fúnebre morada?
cadáveres hacinados,
fétidos, agusanados,
vil polvo, miseria, nada.*

(De «Cementerio»)

En este sentido, la autora no se aparta de la línea posromántica del XIX, y pese a su actitud contenida conviene señalar su empeño en escribir desde circunstancias vitales concretas a las que hace frecuentes referencias. Amalia Villalta siempre aporta un punto de vista personal y femenino. El dolor, el amor, la paciencia, la esperanza o el anhelo de serenidad están tratados desde la sensibilidad femenina tradicional cristiana; los poemas, con su estilo sencillo, se convierten en la proyección intimista de su perspectiva como mujer ante las dificultades de la existencia y ante las inquietudes como escritora.

Amalia Villalta representa el empeño por cumplir sus anhelos literarios desde circunstancias personales, aprovechando cauces editoriales, influencias generacionales y lecturas a su alcance. Tal vez no pretendió originalidad pero sin duda fue capaz de lograr la expresión de su espíritu sensible y la comunicación con los lectores de su tiempo.

ELADIA BAUTISTA PATIER. Nacida en Morella en 1843, hija de un militar, el teniente coronel Juan Bautista, vive su infancia en Granada pero a los 12 años la familia se traslada definitivamente a Mula donde Eladia desarrolla su obra literaria hasta su muerte en 1907. Casada a los 34 años con don José Pantoja Vélez, sus dos hijos, Francisco y Carmen mueren prematuramente. A su hija Carmen dedicará la *Corona Poética*.

En Eladia Bautista Patier encontramos a la escritora con conciencia de serlo. Su afán pronto la lleva a participar activamente en las polémicas sociales y literarias del mo-

mento (publicadas en revistas, por ejemplo, entre los editores y comentaristas del *Quijote*) y también en el ambiente literario de Murcia en el último tercio del siglo. Eladia publica sus poemas asiduamente en *La Violeta* (de Madrid), en *La Ilustración Española y Americana*, en *El Aura* (de Murcia), en *La Ilustración Murciana*, en *El Semanario Murciano*, en *El Ateneo Lorquino*, en *La Musa* (de Albacete), en *La Paz de Murcia*... Se relaciona —de igual a igual— con don Eulogio Saavedra y Pérez de Meca, erudito de Mula y mecenas, con Federico Balart, Juan Ortega y Rubio, Andrés Blanco, Antonio Grilo, Emilio Ferrari, Jara Carrillo, Martínez Tornel, Salvador Rueda, Filomena Dato, Dolores Cueto... Estamos ante una escritora integrada en los ambientes literarios en los que actúa con seguridad, con el respeto y admiración de sus compañeros escritores consagrados que no dudarán en prologar y valorar sus obras o participar en la *Corona Poética*.

Su primer libro, *Poesías*, aparece en Madrid en 1870 prologado por la escritora santanderina Faustina Sáez de Melgar. La temática religiosa, didáctica o bucólica impera en este amplio primer conjunto poético de tendencia realista, si bien la prologuista ya señala como rasgo estilístico la potencia lírica de Eladia, que necesita «aire libre para respirar y espacio donde extender sus poderosas alas».

Destaca su «Elegía a la muerte del joven poeta don José Martínez Monroy» («Entre las alas de la brisa siento...» 1865). Eladia compone una elegía de imágenes potentes, briosa y delicada a la vez, reflejo de su voz lírica, con toda la naturaleza condolidada por la muerte del poeta de Cartagena:

*Es un gemido suave
como el que, herida por alguna flecha,
lanza doliente el ave,
como el que exhalan las hermosas flores
al apagarse el día,
meciéndose en sus tallos cimbradores
como el suspiro tierno
que da al aire la linfa transparente,
cuando del huracán las recia alas
pasan rozando su cristal bullente.
¿Será naturaleza que suspira
porque ha callado de Monroy la lira? [...]*

Eladia Bautista es dueña de un estilo rico y brillante, como muestra en sus imágenes y en el ritmo bien pulsado de sus poemas. La fama y reconocimiento permite que sean muy populares sus extensos poemas lírico-narrativos *La campana de las monjas* (1878) y *El Niño de Belén* (1891) impreso en Mula por Basilio Robres. Este poema se estructura en cinco partes, siguiendo esquemas clásicos: una invocación al Niño Jesús y cuatro partes de tono épico en las que secuencia la historia de la aparición del Niño Jesús al pastorcillo Pedro Botía. Las referencias temporales y locales —Mula se convierte en entorno épico— son propias de una crónica en verso que se remonta a los orígenes de la humanidad, narra nacimiento, vida y muerte de Jesús y acaba con referencias míticas o documentadas a la ciudad de Mula. El poema combina ritmos y tonos variados, así la parte tercera es más briosa y potente por conjugar los valores épicos o la melancolía del pasado glorioso con el tono patético:

*¡Cuántas glorias conserva ese castillo
que ha visto sucederse las edades,
y un sol tras otro sol en occidente
por siglos y por siglos sepultarse!
Que en él grabaron su bizarra huella
altos emperadores y magnates [...]
¡Y hoy solamente el ave de rapiña
anida en las entrañas del gigante!*

Otros momentos, como la epidemia que asoló la ciudad en 1648 y la posterior aparición del Niño al pastorcillo Pedro Botía aportan escenas de gran plasticidad bucólica que recuerdan las églogas de Garcilaso. En algunos fragmentos dialogados se aproxima al esquema formal de los autos sacramentales. El poema, que fue muy conocido largo tiempo, no se encuadra por completo en la poesía de la Restauración; hoy nos parece que contiene aciertos literarios interesantes y marca la madurez poética de Eladia Bautista Patier.

En 1900 aparece en Mula la *Corona poética*, dedicada a la memoria de su hija Carmen, fallecida prematuramente. El interés de esta obra reside en ser muestra excelente de la poesía elegíaca de fin de siglo en Murcia: Pedro Jara Carriello, Antonio Osete, Martínez Tornel, Salvador Rueda..., participan en la *Corona* para la que Eladia compone «Espinás», doce poemas que configuran una larga elegía en realidad. El dolor brota incontenido en palabras sencillas, libres de adornos y sinceras que se agolpan en ritmo nervioso. Algunos poemas son breves e intensos desahogos, mientras

otros siguen el ritmo pausado y patético del sufrimiento. Los recursos se corresponden con un estado anímico conmovido, perplejo, sombrío..., así las antítesis, paradojas, repeticiones de palabras de connotación oscura y pesimista son abundantes en estos poemas de Eladia Bautista, a la altura de otros románticos como Rosalía de Castro, Federico Balart o Carolina Coronado.

*Loca unos días y otros imbécil,
en mí, luchando la fe y la duda,
herido el pecho, vacía el alma,
soy una sombra que va a la tumba.
Por el desierto que voy cruzando
ni el aire sopla, ni el sol alumbra;
y en las tinieblas y sin ambiente,
siento la asfixia, siento la angustia.*

Su último libro, *Poesías* (1904), con prólogo del poeta murciano Carlos Cano, es una miscelánea que reúne poemas religiosos junto a otros de temática feminista que desea tratar, como «La mujer ilustrada» o «Escribir por hacer algo», que es irónica suposición de una situación de igualdad para la mujer intelectual. Estos poemas parecen ingenuos hoy pero señalan la preocupación de Eladia Bautista y el deseo de abordar literariamente un asunto candente y tratado por otras autoras, como Josefa Massanés, aunque habrá que esperar a los ensayos de Colombine para que las ideas sobre el papel social y cultural de la mujer aparezcan impresas sin cortapisas.

Eladia Bautista Patier reflexiona y expone con cierta osadía estas inquietudes en el prólogo que escribe a *Poesías Líricas*, del poeta Jacobo Rubira. En ese texto reivindica la importancia de la mujer escritora, su ideario poético y sus posturas sobre una crítica literaria más objetiva necesaria.

Eladia, atenta a las corrientes líricas del momento y a los aires renovadores aportados por Manuel Reina, Ricardo Gil y luego por Juan Ramón Jiménez o Antonio y Manuel Machado, supo situarse en un punto de libertad de pensamiento y acción que le permitió escribir y reivindicar su obra literaria en un contexto difícil y aún muy poco favorable al reconocimiento intelectual y artístico de la mujer escritora.

PURIFICACIÓN PÉREZ GAYÁ. Nace en Murcia en 1850; muy joven contrae matrimonio con Lorenzo Ruiz de Flores y se establece en Sevilla. La añoranza de su familia y su tierra inspirará muchos de sus poemas. En 1873 enferma y muere en Sevilla a los 23 años. Pérez Gayá es una escritora malograda que ya empezaba a encontrar reconocimiento como poeta. Conservamos hoy la obra porque, como poeta precoz, publica poemas juveniles en *La Ilustración Murciana*, *El Aura Murciana*, *El Chocolate*, *El Ideal Político*, *Cartagena Artística...*, también gracias al empeño de su marido y a la orientación del escritor murciano Antonio Arnao, que prologa sus poemas recogidos con el título de *Ensayos poéticos* (Sevilla, 1874). Interesante es conocer el proceso de escritura de Purificación Pérez Gayá. Desde niña su familia y amigos la animaron a escribir, sin embargo encuentra la oposición recalcitrante del ambiente general. Así lo expone en carta a Antonio Arnao (recogida por J.M Román Ugarte):

«Muy pronto la crítica se alzó contra mí y, no sé si hijos de la caridad o de la envidia, (esto es lo que deseo saber) llovieron sobre mí los anónimos y los sobres cerrados conteniendo extensos artículos que me hablaban de los deberes de la mujer; a cuyo pie tampoco hallé nunca ninguna firma. [...] Como es natural, atendida mi poca edad, dejé de escribir; hasta que ahora animada por mi irresistible afición y aconsejada por muchos, he vuelto a coger mi pluma, por supuesto, en los momentos que me dejan libre mis ocupaciones, que no son pocas, pues tengo a mis padres, y muchos hermanos de quien cuidar...»

Purificación Pérez Gayá es una poeta genuina que desde la infancia siente el misterio de la palabra y su hechizo; es un espíritu lírico. Imaginemos las cimas que habría alcanzado de vivir una vida larga, porque ella estaba segura de su camino: «Mi vida es la poesía» es un poema significativo, en endecasílabos y heptasílabos, donde reclama para la mujer escritora consideración y dignidad que acaba con esta petición:

*Dejad, dejad que el viento
lleve en sus alas mis humildes notas;
no canto porque escuchen mis acentos,
no canto por placer de ser oída,
¡canto porque los versos son mi vida!*

(De «Mi vida es la poesía»)

En «El amor y la poesía» confiesa sentir la misma pasión por ambos, identificados como conceptos sinónimos. El espíritu romántico, que late con fuerza en ella, se plasma

en el presagio de su propia tragedia vital y sobrecoge cuando canta premonitoriamente la pérdida del placer y de la efímera juventud:

*¿Por qué tan pronto huyó la edad hermosa
que con sencillos goces me brindaba,
y de la dicha se llevó la rosa
que con amor mi frente engalanaba?
¿Qué le hice yo para que huyera impía
sembrando mi existencia con abrojos,
Sin ver que destrozaba el alma mía
y que de llanto se cubrían mis ojos?*

Purificación Pérez Gayá toma conciencia pronto de las dificultades que debería salvar para escribir, publicar y obtener reconocimiento, sin embargo no tuvo tiempo de revisar sus poemas ni de elegir tendencias. Su lírica sigue el romanticismo dominante tanto en sus poemas íntimos, («A mi madre») como en los poemas legendarios o épicos («La Cruz de Caravaca», o «La conversión del Rey Moro», dedicado a Ricardo Gil) de moda entonces. Pero en su obra se advierte su sello personal: la poeta depura sus expresiones, controla el ritmo del verso, que resulta armonioso y da a su estilo un aire delicado e íntimo, a veces desgarrado, cercano a la poética de Bécquer y a Carolina Coronado. Las composiciones «A la luna», «A la aurora», «Al mar» reflejan un mundo lírico exquisito, delicado y potente a la vez, propio de una voz auténticamente lírica y dotada de sorprendente facilidad creadora:

*Suspira tristemente mi corazón ansioso;
de hinojos caigo, henchida el alma de dolor;
que en vano en este mundo hallar ansié reposo:
si bien no satisface, su goce es engañoso,
veneno solo brinda con su mentido amor:*
(De «A la aurora»).

*Vi que azotaba mi serena frente
del soberbio aquilón el poderío
y el hórrido murmullo del torrente
llenaba de tristeza el pecho mío.
Ninguna nube de carmín y plata
de la bóveda azul se desprendía,
ninguna estrella silenciosa y grata
desvaneció la oscuridad sombría.*
(De «Al mar»).

Antonio Arnao -en el prólogo a *Ensayos Poéticos*- subraya su alto nivel lírico:

«Dotada de cualidades envidiables de fantasía, ternura y pasión; criada bajo la influencia de aquel sol vivificador, que así hace brotar de la tierra maravillosas flores y sabrosos frutos, como infunde en la imaginación la viveza de un sentimiento oriental, educada en el seno de una cariñosa familia cristiana [...] La lira en que cantaba era susceptible de ricas modulaciones, desde la sencillez del idilio hasta la grandilocuencia del poema, desde los acentos inspirados del canto bíblico hasta la sencillez sin atavíos de la musa familiar».

Es evidente que Purificación Pérez Gayá hubiera sido una poeta de trascendencia de haber vivido al menos su juventud. Junto a la publicación póstuma de sus poemas aparece en su honor la *Corona fúnebre* en la que intervienen Antonia Díaz de Lamarque, José Benavente, Eladia Bautista Patier, A. García Alix, José Martínez Tornel, Juan G. Aldeguer..

Sirva este acercamiento a la obra y personalidad de tres escritoras murcianas del siglo XIX, Amalia Villalta, Eladia Bautista Patier y Purificación Pérez Gayá, como reconocimiento al esfuerzo de la mujer escritora por afrontar todo tipo de obstáculos y lanzarse al desafío de «ponerse a escribir» para expresar su mundo interior y exterior, convirtiéndose ambos en tejido literario no exento de valentía y original sensibilidad.

Ana Cárceles Alemán.

Septiembre, 2021.

Amalia Villalta Hernández
(1840-1916)

AL LECTOR

Yo te suplico encarecidamente
dispenses de mis versos los defectos,
les falta amenidad, son incorrectos,
caro lector, por tanto sé indulgente,
pues no tengo talento suficiente
para poder trazarlos más perfectos,
y solo en muchos de ellos, sus afectos
expresa el corazón sencillamente.
Dirás, y con razón, ¡qué atrevimiento
la autora, en publicarlos ha tenido!
más, que quieres, lector, en mi cabeza
se ha formado este loco pensamiento
y como desecharlo no he podido
cometo, como ves, esta simpleza.

La autora.

LA REFLEXIÓN

Piensa ¡oh! rey de la creación
para qué fuiste criado,
piensa que Dios te ha formado
a todo ser superior;
que te ha dotado del don
precioso de inteligencia,
que te mira con clemencia,
y con infinito amor.
Los bienes y los productos
de la espléndida natura,
¡privilegiada criatura!
¿No son todos para ti?
De peces, aves y frutos
y de todo cuanto encierra
el Océano y la tierra,
¿no eres tú su dueño, di
El Artífice divino
en su bondad infinita,
(considerado, medita)
te ha dado el libre albedrío:
para elegir el camino
que quiera tu corazón,
mas siempre la irreflexión
y constante desvarío
te conduce por la senda

llena de esmaltadas flores,
por los prados seductores
de los vicios y el placer;
Caiga la tupida venda
que está cubriendo tus ojos,
no pises no, los abrojos
que a tu paso suele haber.
No oprimas al desvalido,
no le trates con dureza,
porque es la mayor vileza,
la más horrenda crueldad.

Apiádate del gemido
que exhala en su desconsuelo,
no te goces en su duelo,
trátalo con caridad.

No la hacienda de tu hermano
usurpes en tu avaricia,
no llegue a tal tu codicia,
tu mal modo de pensar.

Nunca seas inhumano
calumniador ni usurero,
sigue el hermoso sendero
que lleva a eterno gozar.

Reflexiona, considera
los divinos beneficios,
sepárate de los vicios
causa de tu perdición.

Y encontrarás por doquiera
que te conduzca el destino
paz y consuelo con tino
que alegre tu corazón.
Jamás el remordimiento

atormentará tu alma,
siempre gozará de calma
y constante bienestar.
Por tanto tu pensamiento
no vagará en inquietud,
y de Dios la excelsitud
no cesará de alabar.
Si cumples con tu deber,
si sales de tus errores
á otros espacios mejores
volará tu fantasía.
Llegarás a comprender
que está la mayor ventura
en tener conciencia pura
y obrar sin hipocresía.
Tus palabras reflexiona
como también tus acciones,
las malas inclinaciones
no subyugue tu razón.
Los placeres abandona
que conducen al abismo,
¡entra mortal en ti mismo,
reforma tu corazón!
En él penetre el fulgente
destello de caridad,
luzca la luz de verdad
y de la fe el esplendor:
y así sin remordimiento
vivirás tranquilamente,
y morirás cual creyente
alabando a tu Creador.

EL PENSAMIENTO

Descorre la noche su fúnebre manto,
del alba aparece la luz divinal,
las aves entonan su cándido canto
las flores ostentan su faz virginal.
Que ya entre celajes de nácar y grana
el disco fulgura del astro del día,
y ya la natura dichosa y ufana
demuestra risueña su pura alegría.
Que todo renace y todo embellece
del rey de los astros al claro fulgor,
¿mas esto que importa al ser que padece
pesares sin cuento y amargo dolor?
Si en vez de un espacio sembrado de flores
y un cielo sereno de rico zafir,
contempla fantasmas de negros colores
que siempre en su torno los oye gemir.
¿Qué importa, repito, el cándido encanto
de un día que irradia el rey de la luz
si mira tan sólo la imagen del llanto
cubierta de horrible y oscuro capuz?
Que al ser que le oprime tormento profundo
igual le es el tiempo nublado o sereno,
qué bienes ¿decidme? le ofrece este mundo
si ya de amargura su pecho está lleno.

Siniestras visiones de luto y pavora
subyugan su mente, vagando por ella,
la una pesares sin término augura
cual otra le muestra fatídica estrella.
Así el pensamiento despliega su vuelo
cuando ha conocido la lúgubre faz
del fiero infortunio, que en gran desconsuelo
abisma del hombre la vida fugaz.
Él va recorriendo remotos espacios,
mas poco detiene su vuelo infinito
en esos que encuentra zafir y topacios
y alfombras de flores de gusto exquisito,
Mas ¡ah! que en aquellos que habitan las sombras
de espanto y de muerte, penetra cruel
y mira despacio las negras alfombras
que el mundo dibuja con torpe pincel.
En él las quimeras de dicha inefable
transitan fugaces cual aura apacible
por leves instantes su aroma agradable
aspira con gozo asaz indecible.
¡Oh raras visiones de aspecto sombrío
¿por qué atormentáis así al pensamiento?
¡vosotras, vosotras! en gran desvarío
hacéis se levante en alas del viento.
Sus bellas ideas de formas divinas
huyeron veloces ha tiempo en tropel,
también ilusiones las más peregrinas
marcharon con ellas. ¡Oh suerte cruel!
¿Qué pues le ha quedado que grato le sea?
si ya de esta vida las penas probó,
quizá de la otra la dicha entrevea!

Mas esto no es dable, no puede ser no.
La noche callada tan solo le ofrece
un triste consuelo, consuelo de llanto,
que en ella se aduerme y luego padece
más largo martirio, más horas de espanto
Tan solo si viera de hermosa esperanza
un vivo destello del cielo bajar
pudiera mecerse con más confianza
de grata ideas en plácido mar.
Entonces de Febo los tibios fulgores
que allá por Oriente se ven despuntar,
y el bello esmaltado que forman las flores
en cándido éxtasis pudiera admirar.
Entonces del cielo la pura belleza,
del ave inocente el trino de amor,
y todo el paisaje de naturaleza
luciera a su vista con más esplendor:
Mas ¡ay! la esperanza le vuelve la espalda
no quiere en sus brazos volverle a mecer
y ya de sus flores la rica guirnalda
no quiere a su vista volver a tejer.
No quiere arrullarle cual antes solía,
no deja que aspire su aroma mejor,
no quiere disfrute con pura alegría
su más adorada, su más bella flor.

INSTANTES INCOMPARABLES

Hay instantes crueles,
fieros, desgarradores,
de amargos sinsabores
de profundo pesar.
Instantes que la vida
nos es insoportable,
que el alma inconsolable
no cesa de llorar.
Instantes... ¡mas ¿qué digo?
son siglos de tormento
en que un sufrir violento
destroza el corazón!
De impresiones funestas,
fatales, sin segundo,
en que el dolor profundo
perturba la razón.
Y estos instantes ¡cielos!
de acíbar, de martirio,
de sin igual delirio
son esos ¡ay de mí!

Que de un ser adorado
la muerte presenciamos
y el alma consagramos
a su memoria, sí.

¿Qué es la existencia entonces
para el que sufre tanto
y vierte amargo llanto
sin tregua en su pesar?

-“Un caos de infortunios
vehementes y fatales,
y de insondables males
que no han de terminar.

Desesperados, locos
sin reflexión sentimos
y ni el consuelo oímos
de sincera amistad.

Que en hondo sentimiento
el ánima se abisma
y sólo mira un prisma
de inmensa adversidad.

Que faltan esperanzas
y gratas ilusiones,
que ya los corazones
se cierran al placer.

¡Instantes que no es dado
pintar exactamente
nuestro dolor vehemente
por el perdido ser!

Que el corazón sensible

que quiere inmensamente
con más violencia siente
y no puede olvidar.

Así sucede al mío
que sufre y vierte llanto
en el cruel quebranto
que causa su pesar.

¡Instantes malhadados
cuánto os recuerda el alma
que siente en triste calma
su amarga soledad.

En ellos ha perdido
su dicha y su consuelo,
y sólo en este suelo
le resta adversidad.

LAS PENAS DEL CORAZÓN

En la infancia candorosa
se vive sin padecer,
y se pasa presurosa
inocente y deliciosa
aunque escasa de placer.
Son los infantiles años
los de mayor alegría,
no se sufren desengaños
porque de dolo y falsía
no se conocen los daños.
Y pasa edad tan preciosa
sin amargos sinsabores
que hacen la existencia odiosa,
ligera cual mariposa
que se columpia en las flores.
Y en vez de esta desventura
otra viene de ilusiones.
Mas ¿qué digo? de amargura
pues solo vemos visiones
que pesares nos augura.
Visiones que a nuestra mente

tan incesante atormenta
que de placer esplendente
dulce esperanza alimenta
y realizarla no siente.
Cual disipa el aura grata
el humo denso, al instante,
así la dicha arrebatada
del corazón que incesante
triste recuerdo le mata.
Y si de placer un día
nuestra alma experimenta,
fugaz pasa en demasía,
y la cruel agonía
sin cesar nos atormenta.
Los instantes sin gozar
siglos de tormento son
que en continuado penar
pasan sin resignación
que pueda el dolor calmar.
En pos de la dicha cara,
que es tan poco duradera
como la flor en pradera,
viene la desgracia avara
que aflige sobre manera.
¡No hay un ser en esta vida
que se contemple felice!
¿Quién sus pesares olvida
cuando tiene el alma henchida
de recuerdos que maldice?

¡Oh! qué triste es el vivir
sin duradera ventura,
es preferible morir
para dejar de sufrir
tanto pesar y amargura.
Cual descuellan varias flores
en los jardines frondosos
por su aroma y sus colores
descuellan por numerosos
de mi suerte los rigores.
No gozaré de ventura
porque mi sino es sufrir,
es mi solaz la amargura
y desterrar mi tristura
jamás podré conseguir.
No cesará mi dolor
si no al filo de la parca
que invisible y destructor
a todos los seres marca
su poder aterrador.
¡Qué cruel es la existencia
siempre pesares sufriendo
con extremada violencia!
Porque falta resistencia
para vivir padeciendo.
Como en el pensil la rosa
pierde pronto la hermosura
de su corola pomposa,
huye también presurosa

de mi pecho la ventura.
El sentimiento incesante
al fin hace que sucumba
el corazón delirante
y anhele ansioso el instante
que ha de bajar a la tumba.
Un terrible sufrimiento
hace profunda impresión
y llena de desaliento,
pero causan más tormento
las penas del corazón.

LOS DÍAS DE LA EXISTENCIA

¡Cuán tristes y largos son
los días de la existencia
que pasan en aflicción
y faltos de resistencia!

¡Cuán tristes las tempestades
que braman dentro del alma!
¡Cuán tristes las ansiedades
que le arrebatan la calma!

¡Vivir, vivir y apurar
el cáliz de la amargura,
vivir, vivir y llorar
nuestra fatal desventura!

¡Navegar sin rumbo fijo,
nunca tocar la ribera,
será el dolor más prolijo
la suerte más lastimera!

¡Existir en agonía
y siempre luchar en vano
en medio de un Océano
borrascoso en demasía.

Salvar un profundo abismo
y otro a nuestros pies hallar,
y perdiendo el heroísmo
hasta su fondo bajar.

Cruzar por estrecha senda
llena de espinas y abrojos
y cubiertos nuestros ojos
con una tupida venda.

Este es el mundo engañoso,
el inmenso torbellino,
el piélago proceloso
donde nos lanza el destino.

¿Qué son su pompa y ventura,
que sus lauros y placer?
¡Son humo que con premura
les vemos desaparecer!

¿Y que en el alma nos dejan?
recuerdos desgarradores,
pesares que nos aquejan
con nebulosos colores.

¿Qué de la existencia humana
son los días de contento?
-Un sueño, una dicha vana,
un intervalo, un momento:

un relámpago fugaz
que en pos se lleva el placer,

la satisfacción, la paz,
y nos deja el padecer.

¿Por qué tan rápidos son
esos días bonancibles
plácidos al corazón,
de encantos indefinibles?

Que entre odoríferas rosas
pasan deliciosamente,
sus horas son tan hermosas
que extasían a la mente.

¡Horas de amor acendrado
de encantadora alegría!
Días que Dios ha creado
para aspirar su ambrosía.

Días gratos, halagüeños
de la aurora de la vida,
días que parecen sueños
tan fugaz es su partida.

Días de ilusiones bellas,
de esperanzas deliciosas,
que brillan cual las estrellas
pero mueren cual las rosas.

Que son un soplo ligero,
una dorada ilusión,
de la mente una visión
un sueño asaz pasajero.

En vez de su caro encanto,
en lugar de su alegría,
nos dejan amargo llanto
y continuada agonía.

Dejan en el corazón
de sus rosas las espinas,
de sus dichas peregrinas
la engañadora ilusión.

Dejan la esperanza vana.
que al corazón alimenta,
esperanza del mañana
que tanto nos atormenta.

Y dejan en la memoria
recuerdos de su ventura,
tan encantadora y pura
como también transitoria.

Mas los días que pasaron
en infortunio cruel,
al alma solo dejaron
de sus pesares la hiel.

Y también triste experiencia
del desengaño nacida
dejaron en su partida
a la humana inteligencia.

EL CEMENTERIO

Cuadro tétrico el que ofrece
ese recinto sagrado
a la muerte consagrado
que al entrar en él padece
el corazón apenado.

¿Que en torno nuestro miramos
en tan fúnebre morada?
Cadáveres hacinados,
fétidos, agusanados,
vil polvo, miseria, nada.

Las lápidas mortuorias
con doradas inscripciones
que de eminentes varones
nos recuerdan las historias
de sus vicios y pasiones.

Los soberbios mausoleos
artísticos, ingeniosos,
que erigen los poderosos
los que llevan orgullosos
a la muerte mil trofeos.

¡Vanidad, miseria humana
y demencia faustuosa,
ostentación pompa vana
que yace bajo la losa
y polvo vil es mañana!

¿De qué sirve a los mortales
esos sepulcros grandiosos,
esos túmulos preciosos,
esas losas sepulcrales
con epitafios pomposos?

Al bien espiritual
de nada le sirve el brillo,
de púrpura mundanal,
la muerte mezcla al caudillo,
al pastor y al general.

Al de noble corazón,
a la mujer virtuosa;
al de perversa intención,
a la mísera viciosa,
como al ilustre varón.

La muerte en su horrible saña
a todos los hace iguales,
era fija sus reales
en la mísera cabaña
o en palacios imperiales.

Allí yacen confundidas
la virtud y la vileza,
la hermosura y la riqueza
las personas distinguidas
por sus dotes de nobleza.

Allí el proceder villano
como también la virtud,
el magnate, el soberano
como el humilde artesano
ocupan un ataúd.

La juventud, la belleza,
la niñez, la ancianidad,
la eminente dignidad,
el talento y la simpleza
yacen allí en unidad.

Allí en el Campo Sagrado
yacen los seres queridos
en polvo vil convertidos
y el corazón apenado
por ellos lanza gemidos.

Eladia Bautista Patier
(1843-1907)

ESCRIBIR POR HACER ALGO

Hace tiempo que al frente de un escrito
no recuerdo de quien, aunque era bueno,
ese epígrafe vi que ahora repito,
y que quiero que conste que es ajeno.
Al mirarlo me dije: afortunado
ha de ser el autor de estos renglones
cuando a fuerza de estar de ocupado
se quiere entretener con los borrones.
No todos tienen dicha tan preciada;
yo deseo escribir por no hacer nada.

Los diversos quehaceres
que tienen las mujeres,
fueron siempre en lenguaje masculino
dar inútiles vueltas de continuo.
Yo quisiera alcanzar de los señores,
que con labio sincero
confesaran al cabo sus errores:
que siquiera nos diesen la ventaja
dentro de nuestro hogar, donde los hombres
no saben de las cosas ni aun los nombres
y le llaman a todo *zarandaja*:
que viesen que entre grillos y cadenas
alientan las mujeres desdichadas,

para estar en el mundo bien miradas
y dignas ser de que las llamen buenas:
que con virtud y con amor profundo
solícitas están de sus deberes,
formando así la dicha las mujeres
del hogar, de los pueblos y del mundo.
Y tal vez mi rencor se extinguiría...
y no les probaría
que quizá con más tino y más destreza,
podríamos hacer lo que ellos hacen
sin calentarnos mucho la cabeza.

Dicen, que no servimos
para tratar asuntos del Estado,
y que necias e inútiles nacimos,
para el cargo de juez y Magistrado.
Dicen con un desdén que me hace gracia,
que ninguna sabemos
cuestiones arreglar de diplomacia,
y dicen mil sandeces a este paso
que hablando la verdad no son del caso.
Yo respondo a los cargos que nos hacen
que cambien el papel y nos complacen:
para hacerlo tan mal, tan mal como ellos
¿se nos caerían nunca los cabellos?
Si eres franco y sincero ¿qué me dices
¡oh lector! de juristas doctorados?
¡Cuántos hay con su toga tan hinchados
y no ven más allá de sus narices!
Sin pasar a otro punto yo quisiera
que la mujer a cátedra asistiera,

y podría juzgarse de ese modo,
teniendo la experiencia ya alcanzada,
si no sirve en el mundo para nada
o si al contrario sirve para todo.

¿Y necesita acaso mucha ciencia
o la larga lección de la experiencia,
ir al congreso con la frente alzada,
sentarse en un escaño,
y mientras pasa un año y otro año
hablar y más hablar sin hacer nada?
Por propia confesión de ellos sabemos
que con tal condición todas nacemos.
Y en cuanto a diplomacia... yo les juro
que el más listo se trueca en un bolonio,
si forma la mujer un plan seguro
en la grave cuestión del matrimonio.
Pero... debo callar, pues estoy viendo
que traspaso los límites marcados,
y a mi sexo infeliz estoy mordiendo
por mirar la cuestión de muchos lados.

Yo quería decir, y no lo dije,
que esos muchos quehaceres
que en más de una ocasión ciega maldije,
para muchas no tienen ningún peso,
mientras pesan a algunas con exceso.
La que sólo se cuida de su casa,
cumpliendo la misión que Dios le diera,
el buen nombre conquista de casera
y muy tranquila su existencia pasa.
Mas la que tiene la fatal manía

de dar culto y honor a la poesía
y quiere ser casera y escritora,
reniega de la suerte a toda hora.
No le es dable escribir cuanto desea,
porque otra cosa su atención reclama,
y se enoja, se irrita, llora, clama,
y con su misma sombra se pelea.

¡Tormento sin igual! Esas señoras
insignes escritoras,
cuyo trabajo en suma
es cuidar del tocado y de la pluma,
vivirán descansadas
en medio de faenas tan sencillas,
y podrán escribir tantas cuartillas
como tengo en mi mente almacenadas.
Les envidio la suerte, no lo niego;
pero creo con fe que esas mujeres
han de llevar algún desasosiego,
por no tener cumplidos sus deberes.
Escritora y casera
ninguna puede ser, yo lo aseguro;
podrá con grande apuro
dar expansión a medias a su mente,
a medias asistirá lo ordinario:
Y si alguna sostiene lo contrario
que vaya y a su abuela se lo cuente.

Quizás el Genio nuestra mente inflama
para mofarse osado
de la atrevida y presuntuosa dama
que cantando se engríe demasiado.

Queriéndole probar que no podemos
por mucho que cantemos,
conquistar a la patria la ventura
de una nueva y feliz literatura:
ni siquiera volverle aquellos días,
que así nunca llegaran a su ocaso,
en que escuchaba tiernas melodías
de Herrera, de León y Garcilaso.
Dentro de la familia si queremos
siempre se harán revoluciones varias,
pero en tal condición nunca podremos
hacer revoluciones literarias.
Dejemos ya la lira, y de ese modo
contarán los señores,
que en el hogar buscamos nuestras flores
y que somos caseras sobre todo.
Mas perdonad, señoras,
las que por dicha vuestra habéis nacido
con el genio feliz de las cantoras,
no dejéis el laúd; yo me olvidaba
que a toda criatura
en proporción del mal que la atormenta,
los remedios el cielo le procura.
Y así como el que gime entre cadenas
con alegres cantares
endulza la amargura de sus penas,
así para aliviar nuestros pesares
el sumo Dios a nuestro mal atento,
nos dio un arpa querida que exhalara
suspiros de pasión y sentimiento.

LA CAMPANA DE LAS MONJAS

(extracto)

*Premiada con el único accésit
en juegos florales de Murcia.*

Todo es calma: en blando sueño
ha tiempo el mundo reposa,
ningún sonido se escucha
de la alta noche en las sombras.

Duerme en su nido de amores
el avecilla canora,
y no repiten los ecos
de sus canciones las notas.

Si el manso rio murmura,
murmura con voces sordas,
y el céfiro apenas mueve
de los árboles las hojas.

Todo es calma: en el silencio
una voz se escucha sola,
que hace vibrar en la torre
virgen que vela piadosa.

Voz que conmueve y produce
la meditación más honda,

voz que llama, voz que advierte,
la campana de las Monjas.

.....

¿Qué nos dice esa campana
con su vibración sonora?
¿A quién llama, a quién despierta
en esas solemnes horas?

Dejando su duro lecho
que de pobres pajas forma
porque dio pesebre humilde
a Jesús cuna gloriosa,
con una lámpara débil
que hace más tristes las sombras,
cruza extensas galerías
una mujer bella y sola.

Atraviesa el mudo claustro
como una blanca paloma,
y en cada altar se prosterna
con humildad fervorosa.

Nada teme, va con ella
la fe que su alma acrisola,
con ella va su esperanza,
y su abnegación heroica.

Y afanosa, diligente,
porque ya se oyó la hora
de llamar a sus hermanas
para honrar al Dios que adoran,
hace sonar en los aires
la campana de las Monjas.

EL NIÑO JESÚS DE BELÉN (III)
(extracto)

Sobre una extensa alfombra de verdura,
que ofrece rico, encantador paisaje,
y al pie de un monte que de Oriente a Ocaso
en su centro se eleva cual baluarte;

Mula fundada fue por los de Grecia
que vinieron a España desde Zante,
sin duda porque el sitio les brindaba
lugar a su defensa inexpugnable. (1)

Aún gozaba sus días de ventura
la antigua capital de la Troade,
aún no era Troya miserables ruinas,
fue Salonac fundada mucho antes.

Su bella situación, su puro cielo,
sus campiñas risueñas y feraces,
sus montañas que entonces eran bosques
donde se alzaban corpulentos árboles,
por do quiera mil fuentes bullidoras,
hermoso panorama, alegre oasis,
despertaron la envidia a los romanos
que lo usurpaban todo a fuego y sangre.

(1) Cerca de 1300 años antes de J. C. (Escritura de población.)

Ocuparon la villa cual señores
a quienes rindió el mundo vasallaje,
llamándole Lavinia, porque el nombre
que la dieron los griegos ni aun quedase.

¡Oh, imperio colosal! Bajo tu cetro
a todas las naciones sujetaste;
tu religión, tus leyes, tus costumbres,
hiciste que obedientes acatasen.

Mas ¡ay! el mundo sin cesar camina,
y llegó fatalmente aquel instante,
en que los pueblos bárbaros del Norte
vinieran de tu altura a derrocarte.

¿Do fueron tu poder y tu grandeza?
¿A dónde aquel espíritu indomable
que alentaba tu orgullo y tu osadía
y temible te hacía en todas partes?

Abatió tu cerviz bajo su planta
la civilización, y a tus altares
llegando el soplo ya del Evangelio
apagó el sacro fuego a tus vestales.

Libres los pueblos del odioso yugo
también Lavinia se elevó triunfante,
conservando este nombre con los Godos,
hasta entrarla después los Musulmanes.

Bajo el nombre de Mula dominaron
largo tiempo en la villa aquellos árabes,
que en Guadalete dueños de la España
los hizo un día la traición cobarde.

Aquellos nobles Godos que nos dieron
Reyes invictos, santos venerables,
lloraron escondidos en Asturias
la traición de Don Opas y secuaces.

¡Oh qué negro borrón con tal hazaña
cayó de nuestra historia en los anales!
La vergüenza al mirarlo el rostro cubre
y a los ojos acude un mar sangre.

¡Mas, ah, si fue tan grande nuestra afrenta
fue la reparación mucho más grande!
Grito de independencia alzó Pelayo
y abatió en Covadonga los Alfanges.

¡Provechosa lección! bello camino
que siguieron después tantos leales,
para volver a la abatida España
la gloria y esplendor que tuvo antes.

Lucieron días de feliz victoria
tras de aquella jornada memorable,
pero Dios reservó para este pueblo
un triunfo sin igual sobre los árabes.

Reinaba San Fernando, cuando Mula
desdeñando orgulloso su estandarte,
resolvió resistir contra sus armas
pues que era su castillo inexpugnable.

Llegó aquí con sus ínclitos guerreros
el sabio don Alfonso, el bravo infante
que infundiendo pavor a los infieles
ganó tantas batallas inmortales.

Intimó a Albohacen que se rindiera,
y el moro con palabras arrogantes
mofándose de Alfonso y de sus huestes,
les dio de su desprecio las señales.

¡Oh, cómo entonces el león de España
rugió lleno de brío y de coraje,
y sus garras potentes levantando
sacudió la melena amenazante!

A la voz del infante don Alfonso
cayeron como un rayo los leales
sobre esta villa con tesón guardada,
levantando en su fuerte el estandarte. (1)
¡Cuántas glorias conserva ese castillo
que ha visto sucederse las edades,
y un sol tras otro sol en occidente
por siglos y por siglos sepultarse!

(1) 23 de Mayo de 1242. (Escritura de población).

iii SIN MI HIJA!!!

Loca unos días y otros imbécil,
en mí luchando la fe Y la duda,
herido el pecho, vacía el alma,
soy una sombra que va a la tumba.

Por el desierto que voy cruzando
ni el aire sopla ni el sol alumbra;
y en las tinieblas y sin ambiente,
siento la asfixia, siento la angustia.

Ayer alegre y hoy sin consuelo;
ayer dichosa y hoy sin ventura;
ayer de madre llevando el nombre...
¡hoy sin el nombre de más alcurnia!

Así acabaron mis ilusiones,
mis esperanzas así se nublan:
¡así me arrastran hacia el abismo
las veleidades de la fortuna!

LA MUJER ILUSTRADA

Cuando la bella planta que ha nacido
para ser con esmero cultivada,
por inercia culpable, en el olvido
se la deja crecer abandonada;

Sus tierno tallo hacia el sol levanta,
que allí se inclinando los lleva el viento,
porque no puede la infelice planta,
contener ni aun guiar su movimiento.

Pronto a su derredor la ortiga crece
para amargarle la preciosa vida,
y cuando sola en su erial se mece
también por el reptil se ve mordida.

¡Desgraciada! ¡Si rinde algunas flores,
son por siempre del mundo despreciadas,
porque tienen muy pálidos colores,
porque son cual su madre desdichadas!

Y la flor que al nacer de una alborada
brotó para ser pura y bendecida,
al fuego del dolor muere agostada,
y se extingue en sus penas con su vida.

Más yo voy sin pensar a los jardines
a buscar de las flores la ambrosía
cuando en otra región, con otros fines,
hablar de la mujer me proponía.

Y es que divaga sin querer la mente,
y halla un símil la musa del poeta,
lo mismo en lo cristales de la fuente,
que en la enramada que se mueve inquieta.

¡La mujer y la flor! Ambas nacieron
bellas, puras, sensibles, delicadas;
para encantar las dos creadas fueron
creciendo con esmero cultivadas.

Mas cual la flor sin riego palidece
y va perdiendo su color y esencia
la mujer se degrada y envilece,
si no ilustran su mente y su conciencia.

Crece sin instrucción; sus sentimientos
guiados del instinto solamente,
prestan a las pasiones elementos
para viciar su corazón ardiente.

Y en el yermo fatal de la ignorancia
do no llega quizá la luz divina,
el vicio que la sigue con instancia
por fin logra vencer y la domina.

¡Oh dolor! ¡Sin ternura y sin amores
sus hijos han de ser flores extrañas,
pues el horror, la infamia y los dolores,
los tristes beberán de sus entrañas!

Tal vez por eso el crimen se sustente
que así la sociedad desmoraliza;
que es la mujer la poderosa fuente
que la vida del pueblo fecundiza.

Ella no anhela ser grave doctora
cuando pide instrucción por su decoro,
ni pretende brillar como oradora
ocupando la cátedra y el foro.

Tiene en la sociedad harta grandeza
con la misión que Dios le ha conferido,
y no quiere más timbres de nobleza
que ser el ángel de su hogar querido.

Mas para ser la amiga verdadera
que tiene el hombre en su agitada vida,
y serle como esposa compañera
y como madre protectora egida,

no es posible que viva en la ignorancia
cortando de su mente el raudo vuelo,
cuando pueden subir con arrogancia
sus alas poderosas hasta el cielo.

«¡Virtud, virtud no más!» algunos claman
queriendo a la mujer ignara y pía
sin ver que es la virtud que así proclaman
lo mismo que la flor sin ambrosía.

No cumple la mujer su alto destino
viviendo como el santo anacoreta,
sin ver más luces que el fulgor divino
que la fe vierte sobre su alma inquieta.

Es fuerza que se eduque y que se instruya,
que se dilate su horizonte estrecho;
y así podrá el hogar ser obra suya,
sin que el hombre le usurpe su derecho.

Así podrá cumplir la misión bella
que el Señor confiara a su alma pura;
servir al hombre de polar estrella,
formar por siempre la social ventura.

Educar en los días de su infancia
al hijo que acaricia tiernamente,
dándole la Virtud con la lactancia
para hacerlo un varón noble y prudente.

Dominar sus pasiones cuando niño,
despertar su dormida inteligencia.
Y uniendo autoridad a su cariño,
inclinarse al trabajo y a la ciencia.

Grabarle cuando el sueño lo acaricia
los timbres de su patria en la memoria,
para inducirle al bien y a la justicia
y para hacerlo amante de su gloria.

Esta es de la mujer la obra sagrada
que al mundo ofrecerá cual pura ofrenda
cuando el hombre al tenderle la mirada
su gran destino y su misión comprenda;

cuando la ponga a su debida altura,
cuando de su valor tenga conciencia,
cuando la eleve al grado de cultura
que reclama su noble inteligencia;

Cuando piense que el bien de las naciones,
estriba en la mujer y en sus cuidados;
que salen del hogar dignos varones,
y salen a la vez hombres malvados;

cuando imponiendo al crimen justas penas
comprenda esta verdad grande y exacta;
que no pueden ni leyes ni cadenas
inculcar la virtud que no se lacta.

Entonces la mujer regenerada
dará a las sociedades nueva vida,
siendo por sus virtudes estimada
y por sus grandes obras bendecida.

**A LA MUERTE DEL JOVEN POETA
D. JOSE MARTINEZ MONROY**

Elegía.

Entre las alas de la brisa siento
de una voz melancólica el gemido,
triste como el acento
que presta al raudo viento
de una campana fúnebre el sonido.
No iguala al eco que en los aires zumba.
cuando la antigua torre
al peso de los años se derrumba:
es un gemido suave
como el que herida por aguda flecha
lanza doliente el ave;
como el que exhalan las hermosas flores
al apagarse el día
meciéndose en sus tallos cimbradores;
como el suspiro tierno
que da al aire la linfa trasparente,
cuando del huracán las recias alas
pasan rozando su cristal bullente.
¿Será naturaleza quien suspira
porque ha callado de Monroy la lira?
¡Ay sí!; naturaleza
gime por el cantor de su belleza!

Una efímera rosa,
un ave pasajera,
una nube de incienso vagarosa
fue su existencia entera.
breve como la rosa fue su vida,
cantó al cruzar la tierra como el ave,
y cual la nube del incienso oscura
elevose hacia el cielo,
dejando aquí en el suelo
para recuerdo su fragancia pura.

Como el sol en mitad de su carrera
la bella edad del vate fulguraba,
y en su ancha frente erguida, la lumbrera
del saber más profundo reflejaba.
Con el eco sonoro
de su lira de oro
penetraba del alma en lo profundo,
y sondeando el arcano
del corazón humano,
los diversos afectos nos mostraba
con que anda en lucha sin cesar el mundo.
Luego elevando el tono
las glorias de su patria enaltecía;
y vertiendo torrentes de armonía
levantaba a la ciencia un digno trono.
Y ora cantaba el plácido arroyuelo
cuando murmura entre las flores bellas.
ora alzaba su voz a las estrellas
y sus secretos arrancaba al cielo.

¡Joven y sabio!... en tu memoria escritos
hay dos nombres preciosos
que suenan cadenciosos;
que no todos los llevan,
y el pecho ensanchan y la mente elevan.
¡Joven y sabio!... de la amarga vida
panal de rica miel son estas voces
una con otra unida;
tú ya no las escuchas...
mas con las penas ¡ay! tampoco luchas.

Triste es morir al empezarse apenas
de la vida el camino,
viéndose deslizar de encanto llenas
las horas más amenas
que nos presta el destino:
triste es morir en esa edad hermosa
cual la tuya adornada
de una lira vibrante y melodiosa;
pero es aún más sensible
cantar del corazón los sinsabores.
la pena que le oprime y los dolores.

Si en esta vida de aflicción y azares
cual yo quedado hubieses,
sin hallar a tu madre en tus pesares
cuando la vista en derredor volvieses,
¿qué hubieras hecho de tu lira bella
sino gemir y suspirar con ella?
A mí también, aunque de cuerdas broncas
el hacedor me concedió una lira.

Mas ¿para qué me sirve
si nada más que con dolor suspira?
Mejor quisiera que sus yertos brazos
me hubiera abierto la callada muerte
mi cítara rompiendo en mil pedazos
que sufrir de esta suerte.
Porque ¡ay! destroza el pecho
una lira tener, pulsar sus cuerdas
vertiendo sin cesar llanto deshecho,
y en elegía eterna
cantar la muerte de una madre tierna.

Tú en esa vida donde el alma santa
lejos de los afanes de la tierra,
mira la luz etérea que brillanta
el ancho mar y cuanto el orbe encierra.
vives feliz; y en tanto
yo riego el suelo con mi amargo llanto.

¡Goza, oh, cantor, de la eternal morada
que el sumo Dios te preparó en el cielo!
no a todos les es dado
tener el fausto hado
de no llorar sus penas en el suelo.

Purificación Pérez Gayá
(1850-1873)

¡MI VIDA ES LA POESÍA!

Hombres hay que reprueban
que la lira pulsemos las mujeres;
tal vez de sabia reflexión se llevan,
mas ¡ay! Fatal empeño,
¡Que son los versos mi dorado sueño!

Y cien veces llorosa
dejé el papel y la rizada pluma,
y otras ciento mi mano temblorosa
a estrecharlos volvía
mientras de gozo el corazón latía.

¡Ay! ¡que le es dado al hombre
pulsar la lira y elevar su acento,
y ansiando gloria y nombre,
trasladar al papel su pensamiento!
Y cántico sencillo,
al divisar la aurora.

Eleva en la enramada el pajarillo,
y el torrente con voz atronadora;
hasta el mar se estremece
y al divino Hacedor su canto ofrece,
¿y la mujer, mientras el orbe canta,
su palabra ha de ahogar en la garganta?

¡Es más humilde la mujer que el ave?
¿Es menos digna de elevar su acento
la que hacerse admirar del mundo sabe,
que el insecto, la flor, el mar y el viento?
¿O es que pensáis que el corazón no siente
E incapaz de crear es nuestra mente?

No, no; que aquí en mi pecho
el amor vive, el entusiasmo crece,
y si del genio no es mi mente lecho,
¿Qué importa cuando amor nos engrandece?
Si entusiasmo y amor el pecho exalta
¿De qué sirve el ingenio? ¡No hace falta!

.

Dejad, dejad que el viento
lleve en sus alas mis humildes notas;
no canto porque escuchen mis acentos,
no canto por placer de ser oída,
¡Canto porque los versos son mi vida!

A MI MADRE

Ni de la aurora el bello panorama
cuando su hermosa luz ostente;
ni de la acacia la flexible rama
cuando la besa perfumado ambiente;
ni del brillante sol la ardiente llama,
ni el susurrar de cristalina fuente;
ni la flor encarnada del baladre,
prestan inspiración cual una madre.

Por eso al contemplarte, madre hermosa,
sobre mi falda coloqué la lira,
y una trova cantó tierna y gozosa
la joven alma que por ti suspira.

Acéptala contenta y bondadosa.
pues te la canta quien por ti delira,
y un ósculo de amor estampa ardiente
de la cantora en la serena frente.

Por eso eternamente, madre amada,
mi lira entonara su melodía,
y de su espeso bosque en la enramada
tierra resonará la trova mía;

y cuando tu existencia terminada,
tu cuerpo yazca bajo losa fría
tu último lecho regaré con llanto
y al cielo elevaré fúnebre canto.

LA CONSTANCIA

Virtudes hay que al hombre engrandeciendo
placen a Dios y al universo encantan,
que cual los bellos astros que luciendo
los etéreos espacios brillantan,
sola pura luz febea
circundan al mortal que las practica,
para que el mundo vea
distinta al alma de virtudes rica.

Más, ¿sabéis cuál descuella
de entre las almas seductora y bella?
¿Sabéis cuál es más útil, más amable,
y al ser bien aplicada más laudable?
La constancia. Escuchad: ¿qué brillaría
de caridad la antorcha sacrosanta
si su luz no cebase de continuo
de aquella otra virtud que al mundo encanta
y que bendice Dios, rayo divino?
La fe no existiría,
que con su reino alzárase la duda;
la justicia su espada arrojaría,
si aquella do se escuda
una y otra a la vez, desapareciese
y al seno del Altísimo volviese.
¿Qué fuera de la luz brillante y pura
de la bendita ciencia?

¡Oh dolor...! La ignorancia
sumiera en noche oscura
para siempre la humana inteligencia.
El trabajo arrojara
el azadón que en la derecha ostenta,
y lacio y sin aliento
sus útiles trocara
por el lecho mullido y opulento
que el ocio vil solícito le ofrece
donde eterno baldón se alberga y crece.
Reina, nunca de las canas, se alza bella
de la constancia la virtud sublime:
y el alma do su huella
de amor henchida imprime,
de los célicos seres es amada
y de todos los hombres venerada.
Hoy en vosotros luce; noble empresa
acometer osasteis valerosos;
obstáculos sin cuento
vuestros pasos cortando a cada instante
estorbar intentaron
el logro del grandioso pensamiento.
Más la voz murmurando de «adelante»
salvasteis victoriosos
la valla colosal del imposible,
tornando llano al fin lo inaccesible.
Gloria a vosotros, sí; gloria a vosotros,
do el genio unido a la constancia, mora;
su antorcha brilladora,
lanzando de su luz rayo divino,
alumbró sin cesar vuestro camino.

AL MAR

Escucha, mar, escucha mi ruego, mi lamento,
suspende de tus aguas el estridente son...
piadoso compadece mi pena, mi tormento,
y alivio da a mi alma, consuelo al corazón.

Rásguense las espumas de tu cristal sereno
que no quiero del mundo los males contemplar;
morada más dichosa ofréceme en tu seno
y en ella eternamente procuraré habitar.

Ordena presuroso a Ondinas y Sirenas
me forme con tu espuma risueño pabellón;
prefiero tus corales, tus húmedas arenas,
a la que el mundo ofrece de horrores cruel mansión.

Que luchen, si así gozan, los hombres en la tierra,
que al crimen eslabonen el ocio y la maldad,
que el un hermano al otro le forme cruda guerra.
que olviden si lo quieren de Dios la potestad.

Que el grito que en sus almas levanta su conciencia,
desoigan al sonido del oro seductor,
que sólo satisfagan su infame conveniencia,
que abriguen en sus pechos el odio y el rencor.

Que busquen fama, nombre,... ¡imagen ilusoria
Que busquen entre el cielo coronas de laurel!...

Tener, yo quiero en tanto,
en vez de falsa gloria,
tu espuma por dosel.

Que cien genios me formen alcázar de topacios.
Que pulsen ninfas bellas sus arpas de coral.
Que llenen mil perfumes
tus húmedos espacios
y deja que penetre tu líquido cristal.

Aquí tan solo horrores descubre mi pupila;
allí preciosas ninfas de angélico perfil...
¡Oh! Déjame que goce de santo amor tranquila
en tus latentes senos de nácar y marfil.

Pirámides de perlas, festones de diamantes,
adornen por doquiera mi bella habitación;
arrullen mi existencia tus olas murmurantes
y embriagase a tus ecos mi triste corazón.

¡Ay! Rasga tus espumas, recíbeme en tu seno.
Tu tersa superficie volviéndose a rizar
ocúltame este mundo de infamia y todo lleno.
Que más tiempo no quiero sus males contemplar.

LA INTELIGENCIA

Admira ver el cielo de estrellas circundado
Si extiende sobre el mundo la noche su capuz,
admira ver de Circe el padre regalado
vertiendo por doquiera tesoros de su luz.

Las nubes que asemejan pintados pabellones
que plegan de un querube los dedos de jazmín,
cortinas primorosas que célicas mansiones
ocultan entre gasa de nieve y de carmín.

Los montes coronados de pinos seculares
que elevan majestuosos su copa desigual,
las fértiles praderas y oscuros olivares,
las fuentes saltadoras, los lagos de cristal;

Cuanto en el mundo existe y dio Naturaleza
De Dios obedeciendo la soberana voz,
de Aquel tres veces santo revela la grandeza,
que todo de la nada ante Él brotó veloz.

Y a cada ser le daba del suyo un don divino
para que espejo fuera el mundo de su Ser;
por eso dio a la luna su brillo diamantino,
por eso dio a la aurora su grato rosicler.

Por eso al sol prestole la luz de su mirada,
por eso dio al espacio su grande inmensidad;

y el mar do su grandeza se encuentra bosquejada
besando sus cadenas revela su humildad.

Las flores remedando sus mágicas sonrisas
nos cuentan sus bondades, nos hablan de su amor;
su aliento perfumado le regaló a las brisas;
su voz en dulces trinos imita el ruseñor.

Mas ¡ay! mira su obra y vio que su presencia
apenas bosquejaba del mundo la creación;
y entonces formó ansioso la humana inteligencia
quedando satisfecho su inmenso corazón.

Formola de una chispa de su saber inmenso,
tocola con sus labios de delicada miel,
y de placer henchido la contempló suspenso,
hallando al fin en ella la copia de su Ser.

Y al hombre, sobre todos los seres predilecto,
trasmite cariñoso la llama celestial,
por eso de entre todos él es el más perfecto
que cubre de los cielos el manto divinal;

Yo bendigo tu nombre dichosa,
¡astro puro, que al mundo descendes!
Yo venero la frente que enciendes
con tu rayo de mágica luz;
yo contemplo gozosa, extasiada,
los progresos que impulsas y alientas,
que en tu foco divino alimentas
manantial de saber y virtud.

Por ti Grecia sus leyes formula
que más tarde imitara el romano,

y tornó tu poder soberano
su recinto de sabios mansión;
que tu llama engendró siete soles
cuyos rayos de Grecia partieron
y el saber por doquier difundieron
de la tierra en la grande extensión.

Por ti Sócrates fiel adivina
los tesoros y dotes del alma
y prefiere del mártir la palma
a negar la unidad de su Dios.

Auxiliado por ti Galileo
de la tierra encontró el movimiento,
y midiendo la altura del viento,
caminó de los vientos en pos.

De Colón en la mente fijaste
de otro mundo ignorado la idea,
y de bella esperanza la tea
vio brillar la Primera Isabel;
y en bajeles sus joyas trocando
facilita a Colon la victoria,
sus cabezas ciñendo la gloria
con diademas de eterno laurel.

Tú sacaste tesoros que encierran
de la tierra las hondas entrañas,
tú taladras las duras montañas
dando paso a ligero vapor;
tú formaste de siete sonidos
un tesoro de dulce armonía,
y alimentas la bella poesía
con tu soplo sublime, creado.

Por eso ya que lejos de mí tu trono asientas,
ya que a mi frente niegas tu rayo seductor,
permite que a do el brillo de tu poder ostentas
e leve humilde canto cual símbolo de amor.

¡De Dios eres la imagen, sublime inteligencia!
Formote de una chispa de su eternal saber;
por eso de tu seno brotó la sacra ciencia,
por eso eres destello de su divino Ser.

Por eso yo te adoro doquier tu reino extiendes
por más que la ignorancia me envuelva en su capuz,
por eso yo venero la frente donde enciendes
de tu divino rayo a poderosa luz.

